

UN MEDIO PELIGROSO

POR

CÁRLOS NARREY.



MADRID.—1869.

Imprenta á cargo de Manuel G. Hernandez,
calle de San Miguel, núm. 23.

UN MEDIO PELIGROSO

FOR

CARLOS NARBEY.



MADRID—1863.

Imprenta a cargo de Manuel G. Hernandez,
calle de San Miguel, núm. 23.

UN MEDIO PELIGROSO.

1.
¿Quién no conoce á Bagnères de Bigorre, el pueblo de las mejores aguas del mundo? Jamás celebridad alguna ha sido mas justamente adquirida.

¿Dónde hallar un suelo mas fértil? ¿dónde un cielo mas azul y mas puro, un paisaje mas agradable y mas bello y una naturaleza con una vegetacion mas rica?

Donde quiera que se tiende los ojos descúbranse llanuras cubiertas de ricas mieses, encantadores valles, fértiles campos de maiz cuya estension no llega á abarcar la vista, caminos que serpentean á través del verde follaje, entre el que se destacan lindas casitas de campesinos en que se adivinan la comodidad y la dicha, cristalinos arroyuelos que serpentean murmuradores deslizándose por la pradera matizada de flores, pintorescas alquerias rodeadas de encantadores jardines, allá en el horizonte montañas adornadas de negros abetos y coronadas de blanca nieve, y,

completando tan seductora perspectiva, saludables aguas minerales que restituyen la salud.

Bagnères de Bigorre descansa al pie del antiguo monte Crabar (monte de las cabras), como se llama hoy al monte Olivet, cuya falda riega el Adour.

El interior de la ciudad en nada cede á su exterior; es un cuadro digno del marco que le rodea.

Además de las numerosas antigüedades romanas que posee Bagnères, encierra mil preciosidades que ofrecer al viajero, lindas y ventiladas casas, anchas calles bajo las que circula murmurando el agua de las fuentes, agradables paseos que llevan los nombres de huéspedes ilustres que acudieron á pedir á sus aguas la salud quebrantada por el trabajo ó por los placeres, y una población cuyo lenguaje, costumbres é inclinaciones difieren completamente del resto de la Francia.

El vasco de tez bronceada y altivo semblante acude allí con su boina inclinada sobre la oreja á vender frescas truchas acabadas casi de sacar del agua; allí los campesinos del Baregois con su gorro puntiagudo en la cabeza ofrecen á voz en grito legumbres y otros frutos de sus tierras, y los de Bigorre invitan con voz melosa á comprarles la blanca leche y rica manteca que traen de sus alquerías.

Las bellezas pirenaicas indican en la variedad de colores de sus trajes el cantón á que pertenecen y adornan con coquetería su cabeza con toquillas de lana encarnada que parecen hechas expresamente para embellecer el rostro de las jóvenes.

II.

En una alegre y fresca mañana del mes de setiembre...

Empieza esta historia como una novela, y efectivamente pudiera muy bien serlo; las personas que han estado el último otoño en Bagneres de Bigorre decidirán cuál de las dos cosas les parece, si historia ó novela; pero, entretanto, sea lo primero ó lo segundo, continuemos.

En una alegre y fresca mañana del mes de setiembre último, una cabalgata salía de Bagneres siguiendo la márgen del Adour y dirigiéndose al valle de Campau, ese paraíso de la Bigorre.

El cielo estaba despejado, y un vientecillo que venia de las vecinas montañas daba á la atmósfera una temperatura deliciosa. No hubiera podido escogerse mejor tiempo para una excursion. Nuestros viajeros aspiraban con satisfaccion verdadera el agradable olor de los arbustos de que estaba impregnado el ambiente.

La cabalgata se componia de cuatro caballeros y dos amazonas.

A la cabeza, montando un magnífico potro de pura raza española, que hacia caracolear con gracia y maestría, iba Mme. Regina Van Pratz, viuda ya consolada de un nabab de Batavia.

Mr. Van Pratz, á pesar de sus setenta y cinco inviernos, habia tenido el valor suficiente para casarse con una linda jóven de diez y seis años, no por amor, sino únicamente para desbaratar los proyectos de sus parientes, que, pensando heredarle, habian tenido el mal gusto de querer repartirse sus inmensas riquezas, estando él todavía vivo.

Regina habia llenado con una adhesión estóica las funciones de enfermera de su viejo esposo durante tres años, hasta que el bueno y respetable señor se decidió á pasar á mejor vida, dejando á la jóven toda su fortuna, valuada en ochenta millones.

La linda viuda lloró sinceramente á su marido; pero vertió tantas lágrimas de una vez, que no le quedaron bastantes para llorar mucho tiempo; despues marchó á Europa en el primer buque que se dió á la vela, no llevando consigo mas que sus veinte años, sus millones y una fiel javanesa, llamada Teresa, de quien nunca se separaba, y á quien llamaba por el familiar diminutivo de Cherita.

Una vez en Francia, la viuda del nabab se vió asediada por una nube de pretendientes que le hacian el efecto de una nueva plaga de Egipto: desde el aristócrata arruinado, hasta el hijo del pueblo enriquecido, todas las clases de la sociedad presentaron su contingente de aspirantes á los ochenta millones; pero la encantadora niña res-

pondia invariablemente con un tonito que no admitia réplica:

—Deseo continuar viuda..

Bien pronto un incidente vino en su ayuda para librarla de esta legion de cazadores de dote. El clima nebuloso y frio de Francia habia alterado su salud, y los médicos la mandaron las aguas de Bagneres de Bigorre, donde la encontramos en el momento en que empieza nuestra historia.

—Bueno continuar yendo.

Bien pronto un momento vino en su ayuda para librarse de esta legión de cazadores de dote. El clima repulso y frío de Francia había alterado su salud, y los médicos le mandaron las aguas de Sargueres de Bigorre, donde le encontraron en el momento en que empezaba nuestra historia.

III.

Al lado de la linda millonaria cabalgaba, satisfecho de ser el caballero de esta reina de la temporada de baños, un jóven de veinticinco á veintiseis años; no era bello como Adonis ni lindo como Narciso; los amantes de la perfeccion de formas hubieran podido decir al verle que su nariz era grande, sus ojos pequeños y su frente un poco abultada. Pero hubieran, no obstante, confesado que su aire era noble y altivo, sus maneras distinguidas, que su boca sonreía con mucha gracia y que su fisonomía era franca y espiritual, lo que vale mas indudablemente que esa belleza rigida y fria que tanto agradaba á los antiguos.

Nuestro héroe se llamaba Mauricio Durole; era un compositor de talento y porvenir, y no le hacia falta como á otros muchos mas que una ocasion y un teatro para adquirir celebridad.

Su padre, Santiago Durole, despues de haber hecho un papel secundario en el ejército, sin gran entusiasmo por cierto, se habia retirado á Rouen con su familia: allí se habia casado con una prima suya, la cual murió al dar á luz á Mauricio; desde entonces todas las afecciones de Santiago se circunscribieron á su hijo, á quien el cielo habia negado las caricias de una madre; Mr. Durole se propuso educarle por sí, y á los doce años eran asombrosos los adelantos que habia conseguido; los estudios áridos habian sido hechos con la mayor precision, sin que el niño llegara á apercibirse de su aridez; las clases de adorno tampoco habian sido descuidadas, y era buen músico, buen ginete y nadador notable.

Una noche le llevó su padre al gran teatro de Rouen; se ponía en escena *La dama blanca*; Mauricio escuchó con toda su alma; durante un entreacto se fué á colocar delante de la estatua de Boieldieu y exclamó llorando á lágrima viva:

—¿Por qué no he de ser músico como él?

—Bueno, dijo su padre, serás músico, pero procura llegar á su altura.

Santiago fué á Paris y matriculó á su hijo en el Conservatorio, donde este hizo rápidos progresos.

A los diez y ocho años experimentó Mauricio el primer dolor de su vida: perdió á su padre. Acababa de ganar el gran premio de Roma, que tanto promete y que tan poco da, y marchó á la Ciudad Eterna.

Volvió tres años despues, y su tutor le puso en posesion de su pequeña fortuna, seis mil libras de renta; era poco, pero lo bastante para

arrostrar las eventualidades de la vida del teatro.

Después de haber buscado inútilmente un libreto, Mauricio, siguiendo el ejemplo de Mermet, el victorioso autor de *Roland*, se decidió á componerlo él mismo.

Terminada su obra, revisada y corregida, la llevó, fluctuando su corazón entre el temor y la esperanza, á la Academia imperial de música. Entonces empezó para él ese largo capítulo de decepciones terribles que hacen temblar á muchos artistas y literatos al empezar su carrera y que siempre recuerdan con dolor. ¿De qué le servía tener talento si su nombre no era conocido? ¿De qué presentar una prueba de su inspiración y de su genio si el producto de su inteligencia no iba apoyado y protegido?...

El autócrata de la Academia, aunque en buenas formas, le dió esta fría respuesta:

—Tiene buenos trozos esta primera obra, cuyo mayor defecto consiste en ser la primera. Ensayad vuestras fuerzas en una escena secundaria, y si obteneis feliz éxito, entonces veremos, con otros mil consejos tristísimos para el paciente, pero todos muy razonables y comedidos.

Desalentado por este primer revés, Mauricio fué á llamar á la puerta del quinto teatro lírico, donde se le dió, si bien con menos política, una respuesta idéntica. Merced, sin embargo, á una poderosa intercesión, su obra fué recibida, lo que no quiere decir que se representase.

Después de tres años de espera recibió una carta del administrador, que le rogaba pasase á ver al director para hablar del reparto de su obra á fin de ponerla en escena; este le propuso

una de esas distribuciones fantásticas que demuestran en cuán poco se aprecia la obra de un autor novel: así es que Mauricio, antes que aceptar esa proposición, en la que veía un fracaso cierto, prefirió esperar mejor ocasión.

Poco tiempo después de esta infructuosa visita supo de una manera positiva que había sido causa del fracaso de su obra uno de esos hombres que dicen que Rossini tiene talento pero no fondo musical, y que Verdi tiene pasión pero carece de ortografía.

Mauricio tuvo con él una viva explicación, y, como su contrincante se incomodase, esto dió lugar á un desafío. Al día siguiente Mauricio recibía en el brazo una ligera herida: su médico, que era además amigo suyo, juzgó prudente mandarle á Bagnères de Bigorre, mas bien por impedir renovase el desafío que para que se curase de una herida que era un simple rasguño.

En este punto fué donde Mauricio conoció á Regina Van Pratz, por quien desde el primer momento sintió un verdadero amor, y, anhelando hacerla su esposa, á pesar de sus ochenta millones, ofrecía no darle nunca otras rivales que las fusas, semifusas, corcheas y semicorcheas.

A su vez Regina, habiendo encontrado en Mauricio lo que en vano hubiera querido hallar en los otros pretendientes, es decir, talento, alegría y franqueza, había tratado desde luego al joven compositor como á un amigo, hasta el punto de que no dejaba de contar con él para toda partida de placer y que ninguna diversion le parecía agradable si aquel no tomaba parte en ella.

Mauricio era su primer pensamiento al empe-

zar el día y el último al terminar este, sin que la jóven viese en ello mas que una franca y cordial amistad.

Mauricio leía claramente en su corazon el amor que profesaba á la linda viuda; pero Regina no daba esta interpretacion al pensamiento que la preocupaba constantemente, y que ya hemos dicho estaba esclusivamente consagrado á Mauricio: si hubiera querido darse cuenta de lo que pasaba en el pecho del jóven, no le hubiera parecido este tan enamorado como realmente se hallaba.

Jamás pasion más viva, mas tenaz, mas tiránica ni mas absoluta que la que dominaba al hijo de Santiago Durole se ha apoderado de hombre alguno; hubiera amado á Regina pobre del mismo modo que la amaba siendo rica; es mas, maldecia con toda su alma la fortuna de aquella, que establecia entre ambos tan gran diferencia de posiciones, y, en su desesperacion, hubiera deseado que un trastorno social ó un cataclismo universal (los enamorados están desprovistos de piedad) hiciese desaparecer los millones de Van Pratz.

Pero el trastorno social no se verificaba; y en cuanto al cataclismo, el sol aparecia invariablemente por Oriente y desaparecia en el ocaso, viendo maldecir su estrella al despechado Mauricio, lo que no le impedia bendecir la casualidad que le condujera á Bagneres, donde habia tenido la dicha de encontrar un amor que tan desgraciado le hacia.

IV.

Seguia á Mauricio, ginete en un caballo del pais, Mr. Romualdo de la Jusilière, último vástago de una ilustre familia. Habia ido á Bagneres con el objeto de recobrar el color de sus mejillas, que hicieran palidecer antes de tiempo las orgías del café Inglés, las jóvenes alegres y otros mil accidentes de la vida de Paris. Se habia comido de una vez su patrimonio entero, y el desgraciado canibal, despues de consumir anticipadamente la presunta herencia de una tia y dos tios, todos ellos ancianos, se veia obligado á vivir de la vida del *deber*, que es la mejor para los acostumbrados á ella. Así es que el porvenir de Romualdo se presentaba amenazante, cubierto de nubes; ya lo comprendia él, así como que solo un casamiento ventajoso podia evitar su inevitable naufragio, por lo que de muy buena gana hubiera confiado á Regina Van Pratz y á sus ochenta millones el honroso encargo de restablecer al antiguo escudo de la Jusilière el dorado brillo, á la sazón un poco enmohecido; pero desgraciadamente se encontraba á mayor distancia de la linda viuda que el afortunado Mauricio, á quien de cuando en cuando echaba amenazadoras miradas de despecho.

V.

Iban detrás dos personajes algo mas graves que los precedentes, por lo que, sin duda, en conformidad con su carácter, habian escogido para cabalgar mulas españolas que gozaban de gran fama en el pais por su prudencia, mansedumbre y pacífica sangre; Mr. Hyrschz, banquero y baron holandés, jefe de la casa Hyrschz, Birrmann, Van Mulhoffen y compañía, de Rotterdam, y mister Ossian des Garcius, viejo verde cuyas ocurrencias y ensayos poéticos habian hecho algun ruido hácia 1830.

Pero desde que su sangre habia perdido el ardor juvenil, el Sr. des Garcius afectaba pedantescamente la gravedad de un sábio, hallando siempre medio de introducir en la conversacion alguna anécdota de tiempo de Julio César, de las cruzadas, de una época aun mas remota ó de la revolucion de julio; algunas veces, por no perder la costumbre, componia alguna oda á las estrellas, ó un idilio á Cloris, leyendo despues sus composiciones á Regina Van Pratz, pues, asi como Ro-

mualdo y otros muchos, el viejo verde aspiraba á los millones de la viudita.

En cuanto al baron Hyrschz, si es cierto que tambien codiciaba la fortuna del nabab, no era seguramente por carecer de riquezas, pues era cien veces millonario, sino que, considerando que aquella fortuna provenia de un holandés, le parecia lo mas justo que volviese otra vez á manos holandesas, y que no saliese, por consiguiente, de su querida Holanda. Preciso es confesar que los holandeses son capaces de cualquier sacrificio por su querida patria; ejemplo palpable el baron, que hubiera sacrificado gustoso su querida libertad en aras del interés holandés.

Por lo demás, respecto á alcanzar Durole la posesion de los millones de Van Pratz, tenia ideas muy lógicas, que creia irrefutables. Convencido hasta la evidencia de que el dinero busca indefectiblemente al dinero, consideraba como un absurdo, bajo ningun concepto hacedero, la desigual alianza de una rica heredera con un *quidam* que no contase con capital suficiente á allanar las dificultades que su imaginacion le sugeria. Por lo tanto, estaba muy tranquilo considerando que los ochenta millones no podian pertenecer á nadie mas que á él, que reunia todas las condiciones convenientes para semejante alianza, y que aquellos ingresarian imprescindiblemente en la caja de Hyrschz, Birrmann, Van Mulhoffen y compañía, de Rotterdam, donde harian un papel importante. Desgraciadamente para sus sueños de oro, el banquero holandés tenia un defecto incompatible con el amor; se dormia sin cesar donde quiera: en visita, en la conversacion, en el

baile, en el teatro, en paseo, en la misma mesa su cabeza caía pesadamente sobre su pecho, murmurando de rato en rato por costumbre:

—Seguid, seguid hablando, no duermo, os es-
cucho.

VI.

Despues del banquero y el poeta iba la india Cherita, la fiel compañera de Regina. Con su tez cobriza, sus grandes ojos negros y su aspecto mitad malayo, mitad europeo, Cherita producía una impresion caprichosa y agradable. Adornaban sus brazos y piernas grandes pulseras de oro; arracadas de abalorio de varios colores pendian de sus orejas; un pequeño puñal javanés con puño de plata colgaba de su cintura; con frecuencia su mirada tomaba una espresion salvaje y parecia que sus ojos despedían fuego; pero esta espresion se dulcificaba notablemente al mirar á su adorada señora ó á Mauricio, á quien tenia un verdadero afecto, cosa tanto mas rara, cuanto que, como todas las naturalezas primitivas, era horriblemente celosa y hacia blanco de sus celos á todos lo que amaban á su ama ó eran amados por ella.

VII.

—¡Qué sitio tan admirable! exclamó Regina entusiasmada, señalando con el extremo de su látigo el valle de Campan que se extendía á sus pies. Mirad, Mauricio, y decid si no habeis soñado así el Paraíso terrenal.

—No he tenido esa dicha, señora, respondió el jóven; pero me consideraría dichoso pasando la vida en una de estas lindas casitas de la montaña; jamás me ha parecido la naturaleza tan bella como desde que estoy aquí, aquí donde mis gustos y mis inclinaciones han experimentado un cambio tan completo que el mundo me parece pintado de color de esperanza.

—¡Dios mío! eso es gongorismo puro. No se dicen tales cosas sin ponerlas en música.

Y la alegre jóven se echó á reír á carcajadas, enseñando sus blancos y diminutos dientes.

—Teneis razon, dijo Mauricio echándose tambien á reír; ese viejo loco de Ossian tiene la culpa; esta noche ha entrado en mi cuarto con su gorro de dormir calado hasta las orejas á leerme

un poema en doce cantos describiendo la guerra de las hormigas negras y de las hormigas encarnadas. En la lectura he adquirido sin duda este acceso de poesía menlancólico sentimental y además un resfriado de cabeza.

—¡Pobre Mr. Ossian! exclamó Regina.

—Decid mas bien, ¡pobre baron! porque creo que Ossian le está haciendo asistir en este momento al combate de las hormigas; apostaría á que le está recitando su poema.

—¡Pobre baron! duerme con los puños cerrados como si tratara de defenderse.

—¿Quereis que vayamos á librarle?

—Caigamos sobre el campo de batalla, exclamó Regina volviendo grupas.

Romualdo aprovechó este movimiento para colocar su caballo entre el de la joven viuda y el de Mauricio, y exclamó con voz chillona:

—Sideseais alguna cosa, señora, aqui me teneis á vuestras órdenes.

Mauricio, encontrando de bastante mal gusto esta manera de introducirse, sin mas ni mas, en una conversacion, frunció el entrecejo y seguramente hubiera dado allí mismo una leccion de buena educacion al señor de la Jusilière; pero Regina, que adivinó el pensamiento de Mauricio, le dirigió una mirada suplicante que hizo espirar las palabras antes de llegar á los lábios del joven, encargándose ella de responder al indiscreto.

—Os agradezco vuestro ofrecimiento, caballero, y os doy las gracias por él; únicamente desearia me dijeseis si sabeis lo que Ossian habla al baron.

—Como iba absorto en contemplaros, señora,

y como no puedo hacer dos cosas á la vez, respondió con amorosa afectacion Romualdo, no he podido oir á Mr. Ossian; creo no obstante poder afirmaros que va dando á Mr. Hyrschz una leccion de historia galo-romana, y tambien os aseguro que tiene tantos oyentes como asistentes á su clase el profesor de neo-mandchon de Paris.

—¡Vaya si tiene! dijo Regina con tono burlon; tiene uno, por mas que ese uno duerma.

Como Regina se habia detenido y los dos jóvenes habian imitado su ejemplo, la voz del viejo verde llegaba hasta ellos.

—Os aseguro bajo mi palabra, señor baron, vociferaba Ossian acompañando sus palabras con estravagantes gestos, que estos hermosos valles han visto las águilas romanas; el campo de César al lado de Pouzac da fé de ello; el emperador Augusto, al ir de Astúrias á someter á los cántabros, pasó tambien por Bagneres, que se llamaba entonces *viquis aquensis*, villa de las aguas, y sus habitantes, en reconocimiento por la visita del ilustre *imperator*, le levantaron un monumento que...

—¡Dios mio! Mr. Hyrschz se cae, dijo Regina asustada y riéndose á la vez; Mr. Romualdo, id, corred á su socorro.

En efecto, el grueso holandés, adormecido por la redundante prosa de su compañero y por el acompasado paso de su cabalgadura habia perdido el equilibrio, y hubiera rodado por la vertiente de la montaña si Cherita, con muñeca de hierro que no se hubiera creido encontrar en tan delicada jóven, no le hubiera restituido su aplomo en la silla.

—¡Bravo, bravo, Cherita! gritó la jóven viuda.

—¿Qué pasa? murmuró el baron entreabriendo uno de sus ojos. ¿Alguna conmocion volcánica? ¿Algun temblor de tierra? ¡Bien decia yo que no era prudente aventurarse así en estas montañas!

—En efecto: ¿se puede saber dónde vamos?

—¡Vaya una pregunta! respondió Romualdo. ¿A qué preguntar dónde se va, cuando se tiene por guía una linda jóven?

—Tranquilizaos, señores, dijo Regina; ya llegamos al término de nuestro viaje. ¿Veis allí abajo aquella colina sobre la que se descubren las ruinas de un antiguo castillo? Al pie de esa colina se estiende una linda aldea que se llama Santa María; os doy cita para allí; el que me ame, que me siga.

Y antes de acabar de hablar, Regina partió al galope en la direccion indicada, y de buen ó mal grado la pequeña comitiva siguió su ejemplo.

VIII.

Diez minutos despues nuestros seis viajeros se encontraban en una granja de la aldea de Santa Maria, delante de un enorme caldero de leche caliente y algunos trozos de pan moreno, á cuyos manjares hacia los honores con sin igual gracia Regina Van Pratz, la millonaria viuda; Mauricio comia y bebia cuanto Regina le servia, sin cuidarse de nada mas que de mirarla; el Sr. de la Jusiliere hacia gestos, como si repugnasen á su delicada naturaleza unos alimentos tan groseros; Ossian, mucho mas material, como todos ó la mayor parte de los poetas, se atracaba de pan moreno y trasegaba á su estómago la cuarta taza de leche; en cuanto al banquero, habia conciliado su continuo sueño sentado en un escabel, y todo le era por lo tanto indiferente.

—Ahora es de esperar, dijo Ossian, que nuestra graciosa amiga y soberana nos diga el objeto de esta escursion y de este agradable desayuno, como decian en los *vaudevilles* de mis tiempos,

que por cierto valian algo mas que estos, porque, si no he comprendido mal vuestras palabras de ayer en el casino, se trata de un secreto.

—En efecto, querido Sr. des Garcius, os he traído aquí á los cuatro...

—Decid mejor á los tres, señora, interrumpió Romualdo, porque con ese baron cloroformizado no debe contarse para nada.

—Os he traído, pues, aquí á los tres, continuó Regina, porque deseo que nos pongamos de acuerdo para dar una sorpresa á los habitantes de Bigorre, ofreciéndoles una fiesta que haga recordar mi estancia entre ellos, ya que tan próxima está mi marcha.

A esta palabra de marcha, Mauricio se levantó como movido por una conmocion eléctrica.

—¿Qué hablais de marchar, señora, dijo Ossian dando un último avance al resto del pan, cuando aun queda mas de un mes de estacion?

—Lo sé; pero negocios importantes, segun los califica mi apoderado, me llaman á París con urgencia; así es que pasado mañana pienso dejar á Bagneres.

—¡Pasado mañana! murmuró Mauricio dejándose caer en su silla tan bruscamente, que estuvo á punto de derribar al Sr. Hyrschz.

Este, como de costumbre, exclamó frotándose los ojos:

—No, no duermo, os escucho.

—¿Conque partís mañana, señora? murmuró Mauricio que parecia anonadado.

—¿Y qué tiene de particular? contestó sonriéndose Regina. ¿Habeis pensado acaso, añadió con intencion, que yo tuviera, como vos hace poco,

el proyecto de acabar mis dias en una de esas cabañas que se descubren en medio de la montaña?

—¡Sin avisar siquiera!... continuó Mauricio.

—¿Y para qué? Yo supongo que así como yo marchó, vos partireis tambien, pues no creo penseis permanecer aquí toda la vida. Era, pues, inútil dar aviso alguno.

Pero Mauricio se habia quedado mas muerto que vivo; pálido, trémulo, apenas podia tenerse en pie, despues de la emocion dolorosa que acababa de experimentar.

Regina, preocupada con su proyecto de fiesta, no reparó en el estado del pobre jóven; pero Cherita, colocada detrás de su ama, seguia con mirada de águila todas las impresiones de Mauricio.

—Vamos, señores, determinemos alguna cosa; es preciso que improvisemos una fiesta espléndida..... ¿Qué haremos para conseguirlo? dijo Regina.

—Un castillo de fuego, aventuró Romualdo.

—Unacabalgata con hachas de viento, continuó Ossian.

—Vaya por la cabalgata, y, sobre todo, por el castillo de fuego, dijo Regina; arma ruido y produce olor á pólvora. Y á vos, Mauricio, ¿no se os ocurre nada?

—Servíos dispensarme, señora, contestó este; tengo un dolor de cabeza que me impide pensar nada de provecho.

Regina, contrariada con esta respuesta, hizo un mohin encantador.

—Pues bien, continuó, hé aquí mi idea: convi-

daré á merendar á todos los forasteros, viajeros y bañistas de Bagneres á quienes conozca, y conozco á todo el mundo. Mr. Ossian hará una composicion poética de circunstancias en que diga un elogio á cada uno de los convidados.

—¡Bravo! ¡divino! prorrumpió Romualdo; yo le enteraré de particularidades curiosas acerca de las notabilidades del bello sexo.

—Despues de la merienda, repuso Regina, el paseo con antorchas á caballo, y despues del paseo los fuegos artificiales.

—Bien pensado, dijo Romualdo.

—Y para coronar la fiesta, habrá baile, continuó Regina; Mauricio, os concedo el primer wals, os encargo todo lo concerniente á la cabalgata, y, conociendo vuestro buen gusto, pongo á vuestras órdenes la orquesta del baile; vos, Mr. Ossian, os encargareis de la merienda, pues os creo maravillosamente competente en esta clase de cosas.

—Prometo dejaros en buen lugar, señora.

—El Sr. de la Jusilière tendrá la bondad de encargarse de los fuegos artificiales, puesto que la idea ha salido de su magin.

—Basta, señora; mañana al amanecer marcharé á Tarbes, y os prometo maravillas pirotécnicas.

—Ahora, que está ya todo arreglado, volvamos á Bagneres, dijo Regina. No creo necesario, señores, recomendaros guardéis el mas profundo secreto hasta mañana. Mauricio y yo haremos esta noche las invitaciones.

—¡Llévese el diablo á su Mauricio! murmuró el Sr. de la Jusilière; siempre se ha de encon-

trar al lado de Regina. Será preciso desbancarle, añadió.

—Mr. Ossian, dijo la joven viuda, si quisiérais ser tan amable que despertáseis al baron, marchariamos en seguida.

Despues de esfuerzos sobrehumanos se hizo, al fin, comprender á Mr. Hyrschz que era preciso montar á caballo; pero no por eso abrió los ojos, que siguieron cerrados aun al tener que colocarle sobre su montura.

IX.

La cabalgata volvió á tomar el camino de Bagneres, si bien en un órden muy diferente del que antes habia seguido.

Romualdo se colocó al lado de la linda viuda, que, como siempre, iba á la cabeza de la cabalgata, y esta vez no hizo Mauricio esfuerzo alguno por disputarle el puesto.

—¿Qué tendrá Mauricio? se preguntaba Regina, mas apenada que ofendida del alejamiento del jóven.

Ossian y el baron marchaban tras la viuda y Romualdo.

En cuanto á Mauricio, fuese por cálculo ó por mera casualidad, cerraba la marcha al lado de Cherita.

—¿Estás realmente malo? le preguntó la javanesa con verdadero interés; ya sabes que yo poseo gran número de remedios eficaces para curar toda clase de males; con el jugo de las plantas de

los bosques de mi país puedo yo matar ó volver á la vida á mi antojo; habla, pues, continuó Cherita; ¿puedo hacer algo por tí?

—Ya sé que me tienes afecto y cariño, repuso el jóven, y quizás no tarde en necesitar de tí.

—Por grande que sea el servicio que de mí exijas, nunca te pagaré lo mucho que te debo; si no hubiera sido por tí, ¿qué seria de la pobre Cherita? ¿no has sido tú el único de los hombres pálidos que osó arriesgar su vida por salvar la mia el dia en que estuve á punto de rodar por un precipicio? Pero Cherita te recompensará, dijo la jóven mirando á hurtadillas á Regina.

—¿Irá esta noche tu señora al teatro?

—Sí.

—¿Estarás sola?

—Sí.

—A las nueve iré á tu casa.

—Tu esclava te esperará.

Mauricio picó espuelas á su caballo, pasando cerca de Ossian, el que decia al banquero, adormecido como de costumbre:

—Sí, querido baron, á las saludables aguas de la fuente de la reina Juana debe la Francia su mejor rey; hablo de Enrique IV: la facultad de medicina habia declarado que la reina seria siempre estéril; pero la facultad de medicina no habia contado con Bagneres de Bigorre.

Romualdo se esforzaba inútilmente en hacer asomar á los labios de Regina una sonrisa con salidas que le parecian chistosas y bien dichas; pero la jóven iba preocupada, repitiendo tristemente en voz baja:

—¿Qué tendrá Mauricio?

Habituado á la vida franca y sin ceremonia de los baños, Mauricio se habia abandonado sin restriccion al placer de amar, y, como el pródigo que derrocha su dinero sin pensar en el porvenir, no habia previsto que su dicha debia acabar tarde ó temprano. Así que, cuando Regina anunció repentinamente su partida, se aterroró de tal modo como si le hubiera dicho:

—Mañana el sol no iluminará la tierra.

Mauricio consideraba esta marcha como la ruina de sus mas queridas esperanzas, como la noche que oscurecia para siempre el sol de su dicha.

Comprendia bien que no podia seguir á Regina á Paris. Esto hubiera sido insensato, y, lo que es peor, ridículo. Una vez en el centro del lujo y de la opulencia, la viuda del nabab viviria sin duda como una mujer jóven, linda y libre, que tiene cuatro millones de francos de renta, fortuna capaz de causar vértigo á cualquier otro que no fuera el conde de Montecristo ó el baron Rotschild.

En las poblaciones balneáticas, en las de los Pirineos sobre todo, con unos cuantos miles de francos en el bolsillo se puede alternar con los duques y los pares; siendo allí imposibles los grandes gastos, pues no hay en qué hacerlos, viajeros y bañistas pobres ó ricos tienen que llevar forzosamente la misma vida; allí es únicamente donde se encuentra esa famosa igualdad espartana soñada por los utopistas.

Si sois amable, si teneis talento, si vuestras maneras son distinguidas, nadie se ocupa de quién sois ni de dónde venis; os convertis en un amigo

mas para las personas de franco trato de la pequeña colonia, y todo está concluido.

Por desgracia, é por fortuna, no sucede lo mismo en Paris. Para frecuentar la alta sociedad, para alternar con las gentes de buen tono, es preciso tener una fortuna positiva y un nombre ilustre, bien por vuestros antepasados ó por vosotros mismos, aunque es preferible que hayan hecho aquellos el trabajo á que vosotros os le hayais tomado. Esto no es lógico; pero ¿qué tiene que ver lo lógico con las preocupaciones del mundo?

El apellido de Mauricio no era ilustre; se llamaba Durole á secas; no era célebre, aunque ardía en deseos de serlo: En cuanto á fortuna, solo tenia seis mil libras de renta; es decir, un modesto pasar.

Para seguir á Paris al objeto de su amor; para alternar en la sociedad que ella debia frecuentar, necesitaba montarse convenientemente. Ahora bien: para tener un aposento regular en barrio aristocrático, un carruaje, muebles de cierta apariencia, necesidad imprescindible si se ha de vivir en buena sociedad, una butaca en los Italianos, una silla en un palco de la Opera, para el sastre y el zapatero, pues si no se quiere ser considerado como un hotentote es preciso marchar con la moda, se necesitan lo menos de treinta y cinco á cuarenta mil francos al año.

¡Pobre Mauricio! ¿De dónde habia de sacarlos? ¿De el éxito de sus obras? Tenia ya demasiada experiencia para contar con estos efimeros recursos; le era, pues, preciso renunciar á Regina para

siempre, dar un adios eterno á su amor; es decir, á su vida, porque su vida era su amor.

El suicidio, ese desesperado remedio de todos los males, se presentó entonces á la mente del jóven como un áncora de salvacion, y vacilante, perplejo en los medios, sufria horriblemente nuestro héroe en el momento en que, tomando una resolucion definitiva, le vemos acudir á la javanesa Cherita con el fin de llevar á cabo su violento pensamiento.

X.

La cabalgata volvió silenciosamente á Bagneres y se detuvo delante de la casa habitada por Regina.

Romualdo se apeó rápidamente y corrió á ofrecer la mano á la linda viuda para ayudar á bajarse; pero, por muy pronto que quiso acudir, ya Regina habia echado pie á tierra, y, llena de febril impaciencia, golpeaba con el látigo su amazona. Esperaba que Mauricio viniese á darle un apretón de manos antes de alejarse.

—Señora, repitió Romualdo por la tercera vez, ¿quereis hacerme el honor de aceptar mi brazo hasta vuestras habitaciones?

—Venid, señor Durole, dijo Regina, cogiéndose del brazo de Mauricio, sin dejarle tiempo de darse cuenta de ello; vamos á formar la lista de nuestras invitaciones.

Arrastrando hasta su habitacion al jóven, se sentó en un canapé, haciéndole seña de que tomase asiento á su lado.

Mauricio obedeció.

—¿Qué teneis, amigo mio? preguntó Regina con su mas dulce voz; este cambio súbito, esta repentina transicion de una loca alegría á una sombría tristeza encubre algun secreto que ignoro y quiero conocer. Ya sabeis lo curiosas que somos las mujeres: habladme con franqueza; si acaso he hecho ó dicho alguna cosa que os haya disgustado, os pido me dispenseis y os prometo no reincidir.

Y, al hablar así, la jóven viuda apoyaba su brazo en el hombro de Mauricio; los largos bucles de sus hermosos y blondos cabellos rozaban la frente del pobre mozo, cuyo corazon latia violentamente; pero cuanto mas amable, mas cariñosa se mostraba Regina, tanto mas se angustiaba Mauricio al pensar que pronto debia perderla, quizá para siempre. Obligado á responder, no sabiendo qué decir y loco de amor y de desesperacion, pretestó una súbita indisposicion y pidió á la jóven viuda permiso para retirarse con objeto de poner fin á su martirio.

—Bueno, respondió Regina con el acento de la mas viva solicitud; marchad, amigo mio, no quiero deteneros; os enviaré esta tarde al doctor Brian y mañana por la mañana mandaré á saber cómo seguis. Si estais mejor, entendedlo bien, deseo, quiero, exijo, en fin, continuó con creciente animacion, que vuestra primera visita sea para mí.

Y tendió la mano á Mauricio, que la cubrió de besos y salió de la estancia tambaleándose como un hombre ébrio. En cuanto llegó á su casa se dejó caer en un sillón y rompió á llorar como un niño.

XI.

A las nueve de la noche Mauricio abandonó la alameda de Maintenon, en que estaba paseando desde el anochecer, y se dirigió á la fonda en que habitaba Regina, seguro de no encontrarla allí.

En Bagneres, durante lo que se llama la estacion, todas las casas se trasforman en fondas.

—Aquí me tienes, Cherita, dijo al entrar en la habitacion de la jóven india.

—Te esperaba; me has dicho, en la montaña, que necesitabas mis servicios: estoy á tus órdenes.

—Cherita, yo amo á tu señora con un amor intenso, dijo Mauricio.

—Lo sé.

—Como va á marcharse y no puedo seguirla, he resuelto acabar con mi vida.

—¿Quieres morir?

—Mañana no seré ya de este mundo, tengo bien pensada mi determinacion; pero, como me repug-

na la muerte violenta que desfigura, he pensado en tí, Cherita, para que me procures una muerte mas tranquila, una muerte como la del justo, un dulce sueño que no se diferencie del de la vida mas que en no tener fin. Tú posees terribles venenos de Java; una sola gota de ellos basta, segun se dice, para matar instantáneamente á un hombre. Hé aquí, Cherita, el servicio que vengo á reclamar de tu amistad.

—¿Pero no eres cristiano? ¿no te prohíbe tu religion atentar contra tu vida?

Mauricio bajó la cabeza.

—Dicen con razon que los franceses son locos, prosiguió Cherita. Renuncia á tu idea, Mauricio; con valor y con perseverancia todos los males tienen remedio, menos la muerte.

—¿Y para qué quiero yo vivir sin el amor de Regina? dijo con voz dolorosa el jóven.

—¿Y quién te ha dicho que no te ame? ¿qué sabes tú de ello? ¿qué se yo? ¿qué sabe ella misma, niña loca que toma la vida por un juego? ¿por qué no la has declarado tu pasion? A tí te corresponde sondear su corazon.

—Regina es muy rica y yo soy relativamente pobre, respondió Mauricio suspirando. He temido, añadió, que no viese en mí mas que uno de los muchos enamorados de su dote que por todas partes la rodean, que creyese que mi amor no era mas que vil y sórdido interés.

—¿Qué esperas, pues? ¿Que ella se te declare? Los hombres de este país sois muy estraños, dijo Cherita sonriéndose; ¿por ventura Regina no es una mujer como cualquiera otra? Su corazon es puro é inocente como el de un niño: casada con

un anciano, que no fué para ella mas que un padre, ni siquiera se conoce á sí misma; pero si un hombre despierta el amor en ese alma virgen, hallará en ella tesoros de afecto y de adhesion; ¿por qué no serias tú ese hombre? Yo, yo quiero que lo seas; te debo la vida, tú me deberás la dicha... Déjame obrar: Regina me quiere como á una madre, como á una hermana mayor; yo sondearé con destreza su corazon y no se me ocultará ni el mas íntimo de sus pensamientos; yo misma haré por encender la llama del amor en ese alma sencilla é inocente; entretanto, nosotros partimos pasado mañana á París y tú nos acompañarás.

—¿Pero no ves que ese viaje es imposible? exclamó el jóven con ademan de desesperacion; si yo me voy al mismo tiempo que Regina, cuando lleguemos á París me será necesario huir de ella, decirla ¡adios! para siempre.

—¿Qué se opone, pues, á tu voluntad?

—La fortuna de Regina.

—No comprendo, dijo la india con asombro.

—Tienes razon, repuso Mauricio sonriendo tristemente; hija del extremo Oriente, ignoras las pequeneces de nuestra civilizacion; no comprendes las exigencias de la vida en ciertas regiones de la sociedad; no conoces la barrera insuperable que el mundo coloca entre el rico y el que no lo es. Voy á explicarte en dos palabras todo esto que ignoras: yo tengo por única fortuna algunos miles de libras que no producen mas que para poder vivir modestamente; tu ama posee ochenta millones, es decir, una enorme fortuna para Francia; todos los salones le serán, pues, abiertos, y para poderla seguir es preciso pertene-

cer á su esfera, á su sociedad. Si yo quisiera seguir esa vida de lujo y de elegancia, en pocos meses disiparía la pequeña herencia que me dejó mi padre, y probablemente no por eso Regina me amaría mas. Arruinado, sin amigos, sin protectores, sin posición, no me quedaria otro recurso que el suicidio; ya ves, Cherita, que morir por morir, mas vale hoy que mañana. Búscame, pues, uno de esos activos venenos que abran instantáneamente á mi sufrimiento las puertas de la eternidad, y me probarás así la gratitud de que hace poco hablabas.

—Mauricio, dijo la india, que habia escuchado atentamente las palabras del jóven, te propongo un pacto.

—¡Un pacto! exclamó Mauricio sorprendido.

—¿Ves esta sortija? prosiguió Cherita, enseñándole un anillo de oro en que habia engastado un magnífico rubí. Pues este anillo encierra un activo veneno: con el licor terrible que contiene emponzoñan mis compatriotas sus flechas y sus lanzas, cuya menor herida produce inmediatamente la muerte. Ningun pájaro anida en las siniestras ramas del árbol que produce esta sávia destructora, y la misma serpiente no se arrastra sin temblar por cerca del sitio en que ese árbol se halla. Esta sortija contiene bastante veneno para dar la muerte á diez hombres.

—Dámela y gracias; exclamó Mauricio alargando la mano.

—No te la doy, te la vendo.

—Fija tú misma el precio.

—La promesa de no atentar en tres meses á tu vida.

—¿Estás loca? ni un día, ni una hora.

—Entonces, figúrate que no he dicho nada, respondió Cherita con la mayor calma; busca otro género de muerte; no quiero tener remordimientos. Quise tan solo probar hasta dónde llegaba tu amor á Regina; pero renunció á ello, viendo el poco valor que tienes para ensayar un postrer esfuerzo, á fin de obtener ese amor que dices ambicionas tanto; muere, pues, corazón pusilánime; cede el puesto á un baron Hyrschz, á un Ossian ó á un Romualdo cualquiera: despues de todo, esto no incumbe á nadie mas que á tí; no he de ser yo mas realista que el mismo rey.

Y, cogiendo el extremo del cordon de una gran pipa oriental que se hallaba á su alcance, Cherita empezó á aspirar grandes bocanadas de humo, con la flemma y la regularidad de un mahometano, ocupándose, al parecer, de Mauricio tanto como si se encontrase á cien leguas.

—Pero, ¿tienes, en efecto, alguna esperanza? dijo Mauricio volviendo á reanudar la conversacion.

—Sí, tú mismo me has indicado un medio, peligroso en verdad, pero que al fin es un medio. Vas á seguirnos á París; allí realizarás tu fortuna, te alojarás en una buena habitacion de un sitio céntrico, tendrás caballos, coches, lacayos, en una palabra, el tren de un millonario; ¿no tienes 500.000 francos de capital?

—El ópio te hace delirar, dijo Mauricio sonriéndose.

—¿Por qué?

—Porque esa sustancia causa alucinamientos y hace formar cálculos insensatos. como el de su-

poner que 120.000 francos, poco mas ó menos, que yo poseo puedan llegar á 500.000.

—Voy á esplicarme mas claramente: gastando 40.000 francos cada mes, tendrás justo para un trimestre; ya ves que mis cálculos no pecan de inexactos, á pesar de ser medio salvaje, como aquí me llamais todos; al cabo de estos tres meses, continuó Cherita, cuando te encuentres completamente arruinado, pedirás á Regina su mano; y si te la niega, acudes á mí, como lo has hecho en este momento, y yo te daré la sortija para que bebiendo su contenido, hagas tu anhelado viaje á la eternidad.

—Sea: apruebo tu plan y le adopto; desde este momento te doy palabra de esperar tres meses y seguir al pie de la letra la conducta que me has indicado.

—¿Qué pierdes en ello, despues de todo? Si mi señora te ama y consiente en casarse contigo, que tengas 120 000 francos, ó que no tengas nada, ¿qué importa? Por el contrario, si has de morir, creo que lo mismo te será dejar esos miles de libras que no dejar nada.

—Tu lógica es admirable y convincente.

—Sé, pues, amable, cortés; rodea á mi señora de atenciones y obsequios; hazte necesario, útil, agradable, y lograrás lo que deseas. He oido decir que de la amistad al amor no hay mas que un paso; haz por darle, pues yo, por mi parte, no estaré ociosa. Ya sabes puedes contar con mi celo.

XII.

Como todos los amantes, en cuanto Mauricio vislumbró un rayo de esperanza, pasó de la mas completa desesperacion á la mas viva alegría. Despues de haber abrazado, en medio de su entusiasmo, á Cherita, descendió de cuatro en cuatro las escaleras, y, llevando en la mano un magnífico ramillete, entró con aire de triunfo en el teatro, dirigiéndose al palco de Mme. Regina Van Pratz.

—¡Ola, Sr. Mauricio! ¡ya bueno! exclamó la linda viuda batiendo palmas. ¡Qué ramillete tan hermoso! ¡Todas las flores que á mí me gustan! Pero, apartad vuestra silla, señor de la Jusilière, que estais impidiendo el paso á Mauricio.

Remualdo apartó su silla, haciendo un gesto que queria ser una sonrisa, pero murmurando entre dientes:

—Si llega á venir á París, bien pronto descubriré del pie que cojea, y entonces yo le prometo que me las pagará todas juntas.

XIII.

Dos meses despues Mauricio estaba en Paris. Siguiendo los consejos de Cherita, llevaba la vida de un aristócrata y ostentaba el lujo de un príncipe ruso.

Acompañante continuo de la linda millonaria, siempre se le veia á su lado; por el dia en el bosque ó en las carreras, por la noche en los Italianos ó en la Opera. Ambos habian sido objeto por algun tiempo de las murmuraciones de la alta sociedad que frecuentaban; pero al fin habia cesado de murmurarse de ellos para hacerlo de otro asunto mas reciente, mas nuevo, como sucede siempre en el mundo aristocrático.

El Sr. de la Jusilière, enemigo declarado de Mauricio, era el único que continuaba las hostilidades, haciéndole una guerra innoble, propia de su carácter envidioso y bajo.

—¿Conoceis al jóven que acompaña á la rica viuda holandesa? preguntó una señora, la mas espiritual del arrabal de Saint German (y sabido

es lo que quiere decir espiritual tratándose de una dama de alto rango).

—Un poco, respondió Romualdo desdeñosamente; estuvimos en la misma época en los baños, pero no sé, ni lo que es, ni lo que ha sido. Ya sabéis que allí no tiene uno mas remedio que tratar con todo el mundo: á cualquiera se le llama amigo, y si viene á mano se le tutea; pero una vez en París ni siquiera se le saluda.

—Tendrá al menos un nombre presentable ese caballero.

—Se llama Mauricio Durole.

—Durole, ¿no hay un arrabal que lleva ese nombre?

—Efectivamente, el arrabal *du Role*, dijo Romualdo celebrando su pedante y necio juego de palabras con una sonrisa que tenía todos los visos de un ridículo gesto.

—Sin embargo, para sostener el tren que ostenta es preciso que tenga una fortuna considerable.

—Acaso... la viuda sea rica para los dos...

—Qué, ¿suponeis...?

—Yo nada supongo, señora, y, caso de suponer, sentiria acertar en mis suposiciones.

Y Romualdo, convencido de que sus malévolas palabras harian su efecto, saludó á su interlocutora, diciendo como Tito:

—No he perdido el tiempo.

Regina y Mauricio no se cuidaban absolutamente de lo que de ellos se decia. Asistian á todos los espectáculos, á todas las diversiones; pero hallaban mas de su gusto huir del bullicio del mundo en que habitaban y pasar largas horas en intima conversacion.

El tiempo trascurria: ni una palabra de amor se habia pronunciado aun entre ellos, y el tercer mes tocaba ya á su término.

Como se acercaba el fin del año, todos los proveedores de Mauricio le remitieron sus respectivas cuentas, que daban un total de treinta y seis mil y tantos francos, para pagar los cuales contaba el jóven con cuarenta mil.

—Vamos, se dijo, aquí está el final del drama; ya no es posible retroceder: no nos durmamos, pues, en las delicias de Cápua. Mañana es preciso jugar el todo por el todo; y si Regina me desdeña, el veneno de Java hará el resto.

Llamó á su ayuda de cámara, le entregó el importe de las cuentas de sus proveedores y, antes de dirigirse á casa de Regina, se fué á fumar un cigarro paseando por el boulevard de los Italianos.

XIV.

Frente al café Tortoni, un caballero sumamente grueso se puso delante del jóven, y, estrechándole ambas manos con efusion,

—Mi buen amigo, le dijo, gracias á Dios que os veo; ¿no me conocéis ya? Soy el director del quinto teatro lírico. Iba á escribiros, pero, puesto que he tenido la suerte de encontraros, servíos pasar mañana por mi casa.

—Con mucho gusto, respondió Mauricio sonriendo, si no he muerto.

—Si habeis muerto, mejor aun, respondió su obeso interlocutor. ¡Qué excelente reclamo! En fin, muerto ó vivo, os espero para distribuir lo mejor posible vuestra obra: cuento con un colosal resultado; ni Meyerbeer, ni Rossini, ni Verdi, ni *tutti quanti*... habrán obtenido jamás un éxito mejor.

—Bueno, dijo Mauricio; hé aquí un debut que puede ser muy bien el canto del cisne.

XV.

Cuando nuestro jóven llegó á casa de Regina encontró allí bastante gente.

Ossian recitaba una composicion poética en honor de las gloriosas víctimas de Missolonghi; el baron Hyrschz dormia en un rincon y Romualdo de la Jusilière repetia por vigésima vez su frase sobre el arrabal *du Role*, que atribuia á un hombre conocido por su ingenio.

Regina, como de costumbre, hizo á su amigo el mas cordial y afectuoso recibimiento; Ossian le estrechó la mano con efusion, así que concluyó de decir su última estrofa, y el baron, abriendo un ojo, le hizo un movimiento amistoso de cabeza; solo Romualdo, con aire pedantesco, miraba á Mauricio á través de sus quevedos con impertinencia; pero el jóven se contentó con volverle la espalda, lo que exasperó al caballerete, que hubiera querido poder anonadarle con la vista en aquel mismo instante.

Al retirarse Romualdo se aproximó á Mme. Van Pratz, y la dijo:

—Señora, ¿á qué hora podré venir mañana á confiaros un secreto que es para vos de la mayor importancia?

—¡Dios mío! ¿corro quizás algun peligro?

—Vos, no, señora ; pero puede ser que lo corra vuestra reputacion.

—Me espantais, caballero.

—Conque decidme, señora, á qué hora os parece.....

—Podeis venir á las cuatro.

—Hasta mañana, pues, señora.

Y Romualdo, despues de haber besado la mano de Regina, salió del salon diciendo para su capote:

—¡Vaya un golpe que le preparo al amigo Durole! Lo que es de esta, yo le aseguro que no le libra ni la Paz y Caridad.

XVI.

Fiel al plan que se habia propuesto seguir, al medio dia Mauricio se hizo anunciar en casa de Mme. Regina Van Pratz.

Estaba pálido, su corazon latia violentamente, sus ideas eran confusas, y hubo un instante en que le pareció que una nube oscurecia su vista como si fuese á perder el sentido.

Le introdujeron en el tocador de Regina á tiempo que esta daba su última mano á su tocado.

—Veo con placer, mi querido Mauricio, dijo la jóven, que no usais de etiqueta al venir á esta casa, como si fuese yo un amigo vuestro, en vez de ser vuestra amiga, continuó mirando al reloj. Este no es un reproche que os dirijo, todo lo contrario, añadió con un tonito que al jóven le pareció de ironía; antes bien puede servir de estímulo, toda vez que yo tendria gran placer en que nos tratásemos sin la menor ceremonia.

Este recibimiento no era el mas á propósito para animar á Mauricio, que se dejó caer en un sillón mas bien que se sentó.

—¿Qué teneis, amigo mio? exclamó con inquietud la jóven; no habia reparado antes en vuestra palidez; ¿os amenaza algun peligro? Hablad y disponed de mí en absoluto. ¿Puedo hacer algo por vos?

—Podeis salvarme la vida, Regina.

—¿Qué decis?

—Podeis hacer de mí el mas dichoso de los mortales.

—Esplicaos, murmuró la jóven, que empezaba á turbarse, porque empezaba á comprender.

—Regina, dijo Mauricio, desde el dia en que os ví por primera vez, os amé, no porque fueseis mas ó menos rica, sino porque me parecisteis buena y bella; el tiempo no ha hecho mas que acrecentar mi pasion, y hoy me seria absolutamente imposible vivir lejos de vos, sin veros, sin amaros... Regina, continuó con la mayor emocion, decidme que consentis en ser mi esposa y me volvereis la vida; si no...

—¿Si no?... repitió Regina, cuyo agitado pecho indicaba la emocion mas viva.

—Si no, acabaré con una existencia que me es insoportable sin vuestro amor. No veais, sin embargo, en mis palabras una vana amenaza para impresionar vuestro corazon y obtener un consentimiento arrancado á la piedad: yo quiero vuestro cariño entero, ó nada. Os tengo por demasiado leal para darme falsas esperanzas, mentidas alegrías; no creo que juguéis con mi amor, por muy insensato que os parezca. Respondedme,

pues, sinceramente, Regina, con la mano en el corazon y la franqueza en los lábios: ¿consentis en uniros á mí? Espero vuestra sentencia.

Y Mauricio, despues de estas palabras, pronunciadas sin respirar siquiera, se dejó caer en una silla, sujetando su cabeza entre las manos, como si quisiera impedir que desaparecieran sus últimas ilusiones.

Regina se levantó silenciosamente y fué á sentarse á su lado.

—Teneis razon, Mauricio, le dijo: soy demasiado leal para haceros concebir falsas esperanzas y sentir mentidas alegrías; para tratar, en fin, al hombre que mas estimo en el mundo como trato, jugando con ellos, á esa turba de pretendientes á mi mano, en la que solo ven un filon de oro. Gracias á Dios, la naturaleza me ha dotado de bastante penetracion para saber distinguir el oro del oropel, lo puro de lo corrompido. Sé tambien que me amais tan solo por mí, no por mi posicion; hace tiempo que he adivinado el secreto de vuestro amor, de ese amor de que quizá llegue á participar alguna vez. Así es que, con el corazon en la mano, os digo que si alguna vez pensara en casarme, vos seriais el marido que yo escojeria. A la edad de diez y seis años me casé, contra mi voluntad, por decirlo así, con un viejo caprichoso y repugnante, y desde entonces hé tomado una terrible aversion al matrimonio. Deseo seguir disfrutando mi querida libertad con preferencia á ningun otro bien, y si la viera amenazada, para conservarla daria hasta esta inmensa fortuna que me ha proporcionado tantos amigos y tantos envidiosos. Sí, Mauricio; esta niña tan loca, tan ri-

sueña, tan alegre, ha pasado tres de los mas bellos años de su vida á la cabecera del lecho de un enfermo, el mas tiránico, envidioso y vengativo de los hombres. ¡Qué de lágrimas no ha vertido la pobre Regina! Así es que desde la muerte de su terrible marido ha prometido resumir su vida en estas dos palabras: Libertad completa.

Un triste sollozo salió del pecho de Mauricio.

Regina continuó:

—Vamos á ver, amigo mio, atended á razones: ¿no estamos mejor así? A todas horas encontrais mi puerta abierta; todas mis afecciones son vuestras; mi familia se resume en vos; soislo todo, en fin, para mí. ¿No sois mi amigo, mi protector, mi hermano? Respecto á mi tocado, es el que á vos os agrada, y en mis trajes no se ostentan mas colores que los preferidos por vos. En fin, nuestra vida se desliza, sin pasion, es verdad, pero tambien sin el menor disgusto, en la mas dulce intimidad. Decidme con franqueza: ¿qué mas deseais?

—Lo que yo quiero, exclamó Mauricio saliendo de su estupor, lo que yo quiero es vuestro amor. ¡Y me preguntais vos qué es lo que quiero! continuó con creciente animacion. ¡Ah! bien se conoce que no me amais, que no me habeis amado nunca; vuestro corazon es de piedra, sí; si me hubieseis amado, me comprenderiais. Pero ¡á qué continuar! Ya que no me es dado, cual otro Pigmaleon, animar una estatua, únicamente me resta deciros adios. La muerte mas horrible es cien veces preferible á lo que me estais haciendo sufrir.

Y Mauricio se lanzó como un loco fuera del

aposento, dejando á Regina sorprendida con tan extraña salida.

Desesperado, fué en busca de Cherita, que recostada en unos almohadones de Damasco fumaba su pipa de ópio.

—Aquí me tienes, Cherita, exclamó el jóven con voz entrecortada por los sollozos.

—Bien venido seas, respondió la india sin levantar la cabeza.

—¿Recuerdas la promesa que me hiciste hace tres meses?

—Perfectamente.

—Dáme, pues, lo que entonces te pedí.

—Es muy justo; el que pierde debe pagar: pobre amigo mio, ¿por qué no te has hecho amar de mi señora?

—Tu señora es una mujer sin corazon que no merece ser amada como yo la amaba; adios, Cherita; no tengo mas pesar que no poderte pagar el servicio que ahora me prestas.

—Págamelo en la otra vida, respondió la india, y muere en paz.

Cherita volvió á tomar su pipa, despues de haberle dado el anillo que ya conocemos, y se recostó de nuevo en los almohadones, sin emocion visible, mientras Mauricio se alejaba.

XVII.

Aun no se habia repuesto Regina de la emocion que la conversacion tenida con Mauricio y la súbita marcha de este le habian causado, cuando su doncella le anunció al señor de la Jusilière.

El caballero entró con aire triunfante.

Despues de haber saludado á Mme. Van Pratz, á indicacion de esta tomó una silla y esperó á ser interrogado.

—Y bien, caballero, dijo por fin Regina con un tono algun tanto seco; me habiais prometido revelarme un terrible secreto, que segun vos se refiere á mi reputacion, amenazándola sériamente; espero, pues, que tendreis la bondad de revelármele.

—En efecto.

—Empezad, pues; os escucho.

—Antes de empezar, señora, el temor del disgusto que voy á proporcionaros me hace arrepentir de mi propósito y quisiera me dispensaseis....

—Ya no es ocasion de retroceder, caballero, á menos que no querais hacerme suponer que todo es una farsa.

—Una vez que me autorizais, ó, mejor dicho, me obligais á hablar, hablaré; pero os suplico que no veais en mis palabras animosidad ó enemistad contra nadie. Lo que voy á deciros es inspirado tan solo por el deseo de seros útil, no por conquistar vuestro agradecimiento.

—Convenido, dijo Regina con una impaciencia que no trataba de ocultar.

—¿Vos recibís en vuestra casa á Mr. Mauricio Durole?

—¿A qué viene esa pregunta? dijo Regina. ¿No sabeis que le distingo y le tengo por mi mejor amigo?

—¿Conoceis bien, señora, á ese á quien teneis por vuestro mejor amigo?

—Sin duda.

—¿Y le creéis rico?

—Todo lo hace suponer.

—Pues, bien, señora, la suposicion es falsa; Mr. Mauricio Durole no tiene nada; su fortuna, que se componia de unos cien mil francos, la ha disipado en algunos meses. ¿Con qué objeto? Os lo diré, si es que no lo habeis adivinado ya: su objeto es sorprender vuestra buena fé, porque ambiciona vuestras riquezas como tantos otros que podria nombraros fácilmente...

—Pasad, pasad adelante, interrumpió con sequedad Regina.

—Pero vos, continuó Romualdo, podeis quitarle hábilmente la máscara. Hoy por hoy, sé de buena tinta que no cuenta mas que con tres mil fran-

cos por toda fortuna; por consiguiente, no poseemas que su nombre, dijo el caballero, recalcando esta última frase, y ¡vaya un nombre! continuó con acento intencionado, Durole, Durole sin particula. Si siquiera fuese un apellido noble; si se llamará, por ejemplo...

—De la Jusilière, ¿no es esto? le interrumpió Regina, sonriendo maliciosamente.

—Señora, no habia querido decir...

—Continuad, continuad, os lo suplico, Sr. Romualdo; vuestra narracion me interesa vivamente.

—Pues aqui llega la parte mas interesante, siguió diciendo Romualdo; nuestro hombre trabaja para los teatros, hace libretos y música. Verdad es que aun no se ha representado ninguna; pero no por eso es menos culpable: ¡un compositor, casi un artista, tener en su cuadra cuatro caballos de pura raza! Es para morirse de risa. No me queda mas que una palabra que añadir: se dice que el dia en que ese caballero acuda al préstamo, puede ser que encuentre crédito, gracias á su intimidad con una persona notablemente rica; asi es que yo os suplico, en gracia á vuestra reputacion...

—Os doy las gracias, caballero, dijo Regina sin dejarle continuar, y os agradezco infinito que con vuestra amistosa solicitud me hayais hecho comprender cosas que estaba muy lejos de pensar. Ahora, solo espero de vuestra amabilidad tengais la bondad de participar á Mr. Durole que quisiera hablarle.

—Comprendo, dijo Romualdo; para darle su merecido. Y se dirigió precipitadamente en direccion á la casa de su rival.

XVIII.

Apenas llegó á su casa, Mauricio procuró alejar á su servidumbre, arregló algunos papeles y sacó de su dedo la sortija que Cherita le había dado.

—Hé aquí la muerte, dijo; el reposo eterno, el olvido de todas las penas. ¡Pobre humanidad, tan confiada en tu poder y en tu fuerza! ¡Cuán poco se necesita para reducirte á la nada! Despidámonos de la vida; la vida, que tan grata me hubiera sido al lado de Regina si me amase como yo la amo..... Pero acabemos, acabemos de una vez; las dilaciones no sirven mas que para hacer perder el valor.

Y al decir esto abrió el secreto de la sortija y aspiró unas cuantas gotas de un licor blanquecino que encerraba; se tendió en un sofá y esperó el resultado con estóica calma.

Bien pronto su cuerpo se vió embargado por un singular entorpecimiento. El ruido exterior dejó de serle perceptible; empezaron á embotar.

se sus sentidos y á divagar su pensamiento; quiso pronunciar un nombre, el de Regina, y sus labios permanecieron mudos; intentó hacer un movimiento y su cuerpo no obedeció á su voluntad. Entonces se presentaron á su imaginacion los sufrimientos incomparables del desgraciado á quien sus herederos, impulsados por el afan de apoderarse de su herencia, hacen enterrar precipitadamente estando aun vivo.

No tardaron sus ideas en perderse en un confuso terbellino que se apoderó de su imaginacion.

Todo al parecer habia concluido. La imponente quietud de la muerte se habia apoderado del cuerpo de Mauricio.

.....

Cuánto tiempo pasó en este estado cataléptico no le hubiera sido fácil decirlo con seguridad.

Cuando volvió á ser capaz de pensar le pareció que su alma, despojada de su ropaje corpóreo, recorría la inmensidad y rodaba en abismos sin fondo.

Un olor indefinible, acre y extraño, despertó sus sentidos, no dándose cuenta de cómo un alma podia sentir impresiones mundanas, hasta que, esclareciéndose sus ideas, advirtió que su alma estaba aun sujeta á su cuerpo como un presidiario á su cadena, y que aun no le habia abandonado la vida. Levantó la cabeza y abrió los ojos; pero solo se ofrecieron á su vista vagas é indefinibles imágenes: poco á poco, todo le pareció que iba tomando forma, color, vida, en fin.

A los pocos instantes creyó reconocer su habitacion. Sobre su velador ardía una lámpara, y

á los pies de su cama habia dos mujeres: Regina y su fiel Cherita.

—¡Regina! exclamó el enamorado jóven, que, como todos los enamorados, no veia ya nada mas que el objeto de su amor. ¿Cómo es que os encuentro aquí? ¿Habeis dejado la mansion terrenal para trasladaros á la de los ángeles, donde sin duda os estoy viendo?

—Mauricio, dijo la jóven con una voz que hizo vibrar todas las cuerdas del alma del resucitado; Mauricio, perdonad á Cherita la prueba por que os ha hecho pasar para probar vuestro amor; perdonadme á mí tambien. Yo leia en mi corazon como en un libro abierto delante de mi vista y me obstinaba en no comprender el amor que os tenia: una fortuna considerable engendra una gran desconfianza.

—¡Ingrata! ¿Dudábais de mí?

—Quizás, quizás; pero ahora os juro que no dudo, dijo la encantadora niña depositando un beso en la frente de Mauricio. Hé aquí, añadió, el beso de nuestros desposorios.

—Pero.... el veneno....

—No hay placer sin pena, así como no hay pena sin placer ni veneno sin antidoto, dijo sentenciosamente la india, y añadió en voz baja: todo servicio á un alma agradecida tiene tarde ó temprano su recompensa.

XIX.

Un mes despues de la escena que acabamos de referir la viuda del nabab se desposaba con Mauricio Durole, dando con ello un gran sentimiento á Romualdo de la Jusilière.

Mr. Ossian des Garcius compuso en honor de los desposados un epitalamio en que les comparaba á dos divinidades mitológicas.

En cuanto al baron Hyrschz, por no perder la costumbre, se durmió en la comida de bodas.

XX.

¿No te parece, querido lector, que el medio empleado por Cherita es efectivamente peligroso?—Sin embargo, podrás decirme, no ha sido malo puesto que ha dado un resultado favorable.—Sí; pero, créeme, no lo emplees con gran confianza si te ves en un caso análogo, pues podría no darte el mismo resultado.

Solo una criatura salvaje como Cherita podia aconsejar tal resolucion y únicamente un loco como Mauricio llevarla á buen término. Pero quizá añadais, y tendreis razon, que el cielo ha protegido siempre á los locos y que los salvajes tienen una gran ventaja sobre nosotros: la de no estar enervados por lo que llamamos civilizacion.

FIN.

XX

No lo parece, querido. Lo que al mundo
parece es que Quirón es el hombre que
—sin embargo, podéis decir— no ha sido malo
puesto que ha ido un instante a caballo—
pero, como, no lo entiendo con gran confianza
a lo que en un caso así, podéis no dar
la misma razón.
Solo una cosa sé: como Chelita podéis
aconsejar la razón, y únicamente en caso
como María, la hija de buen hombre. Pero podéis
hablar y también pensar, que el caso es que
ella siempre a las cosas y que los amigos tienen
una gran voluntad de hacer lo que no es
conveniente por lo que llaman civilización.

